

comentario de libros

**"La buena memoria", Hernán Millas, Editorial Planeta, 2000.
Primera edición, 224 páginas.**

Este es un libro de crónicas periodísticas que pasan revista a la historia de Chile durante el siglo veinte con la óptica del reportero, tan distinta a la del historiador. No se pretenda encontrar en él una visión totalizadora de lo que el país vivió en la centuria, sino más bien un anecdotario amable de episodios de la inrahistoria, que son los que revelan el aspecto humano de los personajes y sus circunstancias. Y acaso ésta resulte la manera más eficaz para interiorizarse de lo que fuimos, único camino para llegar a comprender lo que somos hoy.

En la introducción—"Para la memoria y no me acuerdo qué más" (Pág. 11)— el autor ironiza, en el estilo que le es característico, acerca de que "dormirse, olvidar todo el pasado, es el mayor anhelo de muchos, en el Chile que llega al Milenio". Contra esa tendencia que tiende a generalizarse entre las nuevas generaciones reacciona este libro que procura ser un recordatorio de la memoria nacional, que mantenga viva el alma del país "aun con sus muchas imperfecciones".

Para conseguirlo, Hernán Millas divide el texto en cuatro partes y un epílogo: La vida era bella; crónicas de la vieja república; inolvidables; historia sagrada; y finalmente, la dulce transición. Asistimos a muy distintos episodios, todos sabrosos, desde los amores extraconyugales del primer Presidente del siglo, Federico Errázuriz Echaurren, hasta el retorno democrático de la última década.

Viejos merenderos capitalinos, como La Bahía y El Parrón, escenarios donde se reunían políticos, artistas y notables de cualquier índole, reviven en estas páginas junto a noticias destacadas que conmovieron al país en su momento. Aquí está narrada la increíble rifa de un marido que realizó la revista *Ercilla* en 1940. Y el desfalco de Jaramillo al Banco Central para salvar de la bancarrota al club Green Cross, en 1959. En detalle también aparece el falso secuestro de Edgardo Maass y Domiciano Soto, en la conjura para derribar al gobierno de Gabriel González Videla, que desarticuló el periodista José Gómez López al descubrir la verdad y darla a conocer en el mayor golpe noticioso del siglo. Y las muertes de los presidentes Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos; y las transmisiones de mando.

También tienen su lugar personajes que no merecen el olvido, como el propio reportero Gómez López, o Luis Hernández Parker, Antonio Zamorano, el Cura de Catapilco, y el cura Eugenio Pizarro, que también postuló a la Presidencia de la República en representación del Partido Comunista y del Mir. Pero entre todos, se lleva las palmas Luis Izquierdo Fredes, "quien paseó su talento en parte del siglo 19 y la primera mitad del siglo 20" (Pág. 145). Las anécdotas que se cuentan de Izquierdo, quien llegó a Canciller, son numerosas y demuestran su rápido ingenio:

"Cuando joven, en una sociedad donde todos se conocían, quisieron hacerle más de un desaire. En una recepción, un copetudo personaje se dirigió a él, diciéndole: "Dígame, joven, ¿es usted mozo?" Izquierdo, rápido, le contestó: "No, ¿Y usted?" Podía decírsele, porque ambos vestían smoking. Sacó a bailar a una joven, y ella, al ver que no era de su círculo, lo rechazó, diciendo: "Disculpe, pero no bailo con guaguas". Izquierdo le replicó: "Excúseme, no sabía que estaba embarazada".

Millas cuenta que, genio y figura hasta la sepultura, Luis Izquierdo, ya anciano y casi ciego, a la salida del Club de la Unión "confundió al almirante Vicente Merino Bielich con uno de los porteros del Club. "Por favor, pídamme un taxi", le dijo. "Soy un almirante" le replicó éste, ofendido. "Entonces, pídamme un barco".

Estos son los personajes, y los aspectos de su personalidad, que no aparecen en la historia oficial, y que hoy conocemos gracias a "La buena memoria" de Hernán Millas. Al cerrar el libro le encontramos toda la razón a lo que plantea en el prólogo: vale la pena conservar el recuerdo de lo vivido en el siglo

que se va, para empinaros en el próximo desde lo que fuimos a lo que aspiramos ser. La considerable cantidad de información que posee el autor, unida a su prosa rápida, que se lee sin esfuerzo y deja una grata sensación de charla coloquial y amigable, hacen de este libro un documento esencial para el buen recuerdo, más sabroso aun que un paquete de las mejores pasas.

Antonio Rojas G.